

pobreza de su término municipal y al notable incremento de población.

Hasta mediados de octubre del 36 las autoridades municipales no se preocuparon del abastecimiento de alimentos, ya que hasta entonces no había carecido la población de los principales artículos, salvo el azúcar. Pero desde los primeros días de 1.937 y hasta la finalización de la guerra, el abastecimiento se iba a convertir en un problema acuciante para las sucesivas corporaciones municipales.

Ya en febrero de 1.937 había carencia casi absoluta de los artículos de primera necesidad, siendo difícil su adquisición porque en los pueblos donde había existencias exigían su intercambio por otros de los que se dispusiera en la capital; y éstos, desgraciadamente para los ciudarrealeños, eran muy escasos.

Incluso un artículo básico en la alimentación, tal vez el principal, como era el pan, escaseó frecuentemente desde enero de 1.937; escasez «motivada -según el alcalde, Calixto Pintor- por los apetitos de los tenedores de trigo» (10). Ante el egoísmo de la mayor parte de los pueblos de la provincia, las autoridades provinciales tuvieron que intervenir, ordenando a los alcaldes de los municipios trigueros a abastecer a la capital, pero de muy poco sirvió el celo de los gobernadores. Ello motivó el que los alcaldes capitalinos tuvieran que recurrir directamente al Gobierno, como hizo Calixto Pintor. A finales de marzo del 37 viajó a Valencia para solucionar el problema del abastecimiento de trigo, consiguiendo que concedieran a Ciudad Real una cantidad considerable de trigo de importación; aunque tardó tiempo en llegar por falta de medios de transporte.

Nuevamente en junio de 1.938 se tuvo que recurrir al Gobierno, toda vez que la

mayor parte de los pueblos seguían haciendo caso omiso de las órdenes gubernativas, aunque justo es exceptuar a La Cañada, que gracias a la intervención de la gobernadora Julia Alvarez concedió 30.000 kilos de trigo para la capital. Cinco vagones y medio dio el Gobierno a Ciudad Real, y merced a las gestiones que la Corporación realizó ante el Parque móvil de Carabineros, lo pudo trasladar en camiones rápidamente desde Valencia y Cartagena.

A la par de esa escasez iban aumentando constantemente los precios. Por poner un ejemplo, y siguiendo con el caso del pan, el precio de éste hubo de subirse el día 18 de marzo de 1.937 de 0,55 pesetas el kilo, que era el más barato de la provincia, a 0,60. El alcalde explicaba así dicha subida: «Las circunstancias se han agravado y los trigos no se pueden adquirir a precios inferiores a 0,48 pesetas en origen que aumentado con los portes de transporte hace elevarse el costo de harinas y por consiguiente el del pan» (11). Y en el mes siguiente,

con motivo de la nueva elevación del precio del trigo y al objeto de no elevar nuevamente el pan, se acordó mantener el precio de 0,60 pesetas y rebajar el peso a 900 gramos.

Estas subidas, que fueron constantes a lo largo de estos años, junto a la escasez de algunos artículos que en otras localidades no muy lejanas abundaban, hizo estallar a la población femenina, que el lunes 26 de abril de 1.937 se manifestaba por las calles de la ciudad (12) como lo había hecho ya 16 años antes en protesta por los altos precios que las subsistencias alcanzaron tras la Primera Guerra Mundial.

Consecuencia de lo escaso y caros que eran los productos alimenticios fue su mala distribución entre la población. Mientras varias familias acaparaban algunos de ellos -con los cuales realizaban grandes negocios-, otras apenas si tenían qué comer. Esto motivó el que muchos ciudarrealeños salieran en su búsqueda, dirigiéndose a las huertas de los pueblos vecinos, como Miguelturra, Malagón, etc; ya que los huertanos



Incautación de Valdarachas. (El pueblo manchego, 11 de agosto de 1.936)